

Religiosos hermanos hoy: vocación y misión

Cuando la gente se reúne, la conversación mejora si se guardan breves silencios. Los silencios no interrumpen nuestras pláticas, sino que las incentivan. Sigamos esta táctica de interludios silentes, alimentando nuestra soledad que se hace sonora y se puebla de ternura, también a la hora de leer las reflexiones de este número de TESTIMONIO. Solo así seremos acreedores de lo que nos recuerda G. Marañón: “El mérito de la verdad no es casi nunca de quien la dice, sino casi siempre de quien sabe escucharla”.

La situación por la que pasa la vida religiosa no es un repique a gloria. Pero más que explicaciones nos interesan las implicaciones. En lugar de aferrarnos al voluntarismo para restaurar el pasado, abramos el corazón al Espíritu, que pasa por los signos de los tiempos, afrontando el presente. La noche es el prólogo de la aurora. “Esa luz está ya ahí y solo es necesario que la tierra, y no el sol, su fuente, gire levemente para que amanezca” (María Zambrano). Somos nosotros los que tenemos que girar para dejarnos bañar por una nueva luz y hacernos transparentes.

En esa verdad busca instalarse vivencialmente la vida consagrada, y, dentro de ella como parábola, la vida religiosa laical. TESTIMONIO se centra en los religiosos hermanos, con el objetivo de visibilizar y perfilar una forma de vida consagrada masculina y no clerical, que mantiene las características originarias de las primeras formas de vida monástica. Pero al afrontar la vocación del hermano, lo hacemos no en la perspectiva del mito —un relato que confirma el statu quo y reconcilia sus aparentes contradicciones—,

sino en el contexto de la parábola: un relato que socava el statu quo y revela sus contradicciones. La vida del hermano religioso es hoy una parábola para la misma vida consagrada en la Iglesia y en la sociedad. Una parábola que desafía, y lo importante es que permitamos que nos desafíe.

Hoy existen ciertas dificultades inherentes a esta forma de vida consagrada para encontrar un espacio, reconocido y valorado. Podemos detectar dos situaciones problemáticas en el seno de la Iglesia, relacionadas entre sí: un clericalismo que parece ir fortaleciéndose, y una incomprensión del sentido y función de la vida religiosa.

La vida religiosa nace como estilo de vida laical, y se va clericalizando a lo largo de la historia. Hoy es fuerte el clericalismo, activo o promovido y pasivo o aceptado con resignación. Lo respiramos como ambiente en la comunidad cristiana. Es el clásico tema del poder, que prima ante el servicio. El ejercicio del poder que asume el clérigo y difícilmente permite transparentar el servicio, y con él, la fraternidad, lo propio de la vida religiosa laical, esa porción de vida encargada de hacerle espacio eclesial al pueblo. El clericalismo supone un prisma que nos dificulta ver la identidad del religioso como tal, y del religioso hermano en particular. No ayuda a fortalecer y valorar la vocación del hermano. No hablamos del sacerdocio, que también calza perfectamente en la vida consagrada, cuando está configurado desde el servicio carismático, y no desde el poder institucional. Sentimos que el clericalismo está llevando a la Iglesia a que los religiosos hermanos necesiten justificar su existencia, cuando el problema debería ser cómo los sacerdotes combinan su ser religioso con su ser clérigos.

En la Iglesia y en la sociedad se percibe una incomprensión del sentido y función de la vida religiosa. Formamos parte de una Iglesia que generalmente actúa desde la institución, no desde el carisma, lo propio de la vida consagrada. Le preocupa la función, el quehacer, más que el ser. Y, sin embargo, en la vida cristiana lo que determina el valor de lo que hacemos es aquello que somos dentro de nosotros mismos. De ahí la dificultad que tiene la Iglesia-institución en comprender a la vida religiosa, dando la impresión que ciertas instancias la toleran, no la promueven activamente. Y eso que podemos afirmar respecto a la vida consagrada en general, es más evidente con relación a la vocación del religioso hermano en particular. De ahí que no se comprenda y se infravalore la vocación y el estilo de vida religiosa que encarnan los hermanos.

El religioso hermano es una parábola desafiante, un signo profético al interior de la misma vida consagrada, en una Iglesia institucionalizada y en una sociedad de la eficacia. Su vocación específica es un don del Espíritu para toda la vida consagrada, para su Iglesia y para el mundo. Lo peculiar de esa vocación de hermano es su identidad fraterna, su espiritualidad discipular y su misión de seguir a Jesús desprovisto de todo poder y privilegio. Los

hermanos nos liberan de una vida religiosa rutinaria fagotizada por el peso de la institución eclesial.

Vida consagrada laical... en pie de testimonio en la Iglesia. La fraternidad densamente representada y vivida por este modo carismático de ser cristianos. Todo lo demás... ambiguo y sin relieve, toscamente secundario. Los hermanos religiosos buscan con su vida humanizar la humanidad practicando la fraternidad. En un silencio repleto de elocuencia, la razón de ser de esa específica vocación religiosa nos está recordando, a religiosos y creyentes, que cuando en la Iglesia hablamos de inclusión, estamos hablando de hermanos. "Todos ustedes son hermanos". Jesús nos enseña que lo más propio de la experiencia de Dios es llegar a entrar en la dinámica de sentirnos iguales, hermanos, para poder llamar a Dios "Padre". Llevamos la experiencia profunda de la presencia de Dios en nuestras vidas en la concreta vivencia de la fraternidad.

Vida consagrada y hermano religioso... Hechos como la mano y el guante, para encontrar una en el otro la forma y, el otro en la una, el calor. Este número de TESTIMONIO... un bello y amable caleidoscopio de miradas sobre la vida religiosa laical, que logra dejar en manos del lector apasionado un mapa de rutas. Siempre con oído atento para captar las voces del viento y de la historia.